

Funerales por don José M.^a Arizmendiarieta

ASISTIERON EL MINISTRO DE TRABAJO, GOBERNADOR CIVIL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACION...

MONDRAGON. — Los funerales celebrados en la parroquia de San Juan Bautista han tenido gran solemnidad y marcada emoción; no en vano era la última despedida que se tributaba a un presbítero, don José María Arizmendiarieta, que ha dedicado sus 35 años de sacerdocio al bien de las almas y a la promoción socio-laboral. Su obra siempre quedará entre nosotros.

Ya se sabía que el templo parroquial iba a resultar insuficiente para dar cabida a un pueblo que, agradecido, se sumaba — en presencia y en corazón — a las honras fúnebres. Por eso no extrañó que mucho antes del comienzo del funeral todas las naves de la iglesia — de las que se habían desalojado los bancos en su mayor parte — estuvieran atestadas, a tope. Y que a las siete de la tarde pudieran contarse por miles, por muchos miles, las personas que no teniendo acomodo en la parroquia, permanecían en las calles, en los pórticos y en la plaza para seguir el solemne acto si quiera a través de un servicio de megafonía que se había instalado al efecto con profusión de altavoces. Se recibieron muchas coronas, entre las que destacaban las del Ayuntamiento, cooperativas, Escuela Profesional y una muy emotiva de «Euskal Langileriak».

El coro parroquial interpretó la «Misa de Réquiem», de L. Perossi, a tres voces, en un acto, solemne en extremo, que estuvo presidido por el ministro de Trabajo, don Alvaro Rengifo Calderón, al que acompañaba el presidente de la Federación Nacional de Cooperativas, don Francisco de la Caballería; gobernador civil de Guipúzcoa, don Manuel Menéndez Manjón; presidente de la Diputación Provincial, don Santiago San Martín; Ayuntamiento de Mondragón, presidido por su alcalde don José Antonio Altuna; Corporaciones en Pelno de otros

Ayuntamientos de la comarca; delegados provinciales de la Organización Sindical, del Ministerio de Trabajo y del Ministerio de Industria; Juntas Rectoras de numerosísimas entidades cooperativas; Escuela Profesional Politécnica; representación del Ministerio de Educación y Ciencia y otras muchas más que harían verdaderamente interminable la relación.

«Sus 20 primeros alumnos»

A lo largo de la jornada de luto se fue sucediendo la ofrenda de coronas que para dejar lugar en la iglesia hubieron de ser colocadas en el atrio parroquial.

Entre las ofrendas, además de las de su familia (única que estuvo junto al féretro en la celebración de los funerales), las de la Escuela Profesional Politécnica, Ayuntamiento de Mondragón y Juventud Deportiva Mondragón, había una con una inscripción que realmente emocionaba: «Sus 20 primeros alumnos».

Y es que la Escuela Profesional Politécnica, que en sus más variadas secciones de idiomas, electrónica, delineación, automatismo y un largo etcétera, acoge diariamente ahora a tres mil alumnos, tuvo su primera raíz en la vieja Fundación Viteri y esos tres millares de chicos, chicas y hombres ya maduros de hoy en día, tuvieron el primer nacimiento en 20 muchachos a los que en 1943 don José María Arizmendiarieta ofreció su primera oportunidad de estudios profesionales.

«Sus 20 primeros alumnos» fue la inscripción que se leía entre otras coronas de la Federación Nacional de Cooperativas, Grupo de Cooperativas de Zaragoza, Obra Sindical de Cooperación, etc., etc.

Una homilía del obispo

La misa fue oficiada por el vicario general don José Elgarresta; arcipreste don Sabino Zuazabeitia; párroco de Mondragón, don Javier Echeverría; párroco de Musakola, don Pablo Barrena, y, esto también hay que resaltarlo, por don Elías Lasuen, sacerdote que predicó en la primera misa celebrada por don José María el 1 de enero de 1941 en su pueblo natal de Barinaga (Marquina). Y don Domingo Onaindia, que fue quien, allá por el año 1927, le preparó al entonces aspirante a Seminario para aprobar el examen de ingreso en Castillo-Elejabeitia.

Otros sesenta sacerdotes concelebraron el solemne funeral en el que el vicario de la diócesis dio lectura a este mensaje del obispo don Jacinto Argaya:

«Recibo en este momento la temida noticia del fallecimiento de don José María Arizmendiarieta Madariaga. Ha entregado su alma a Dios, recibidos piadosamente los últimos Sacramentos.

Expreso a Mondragón, familiares, sacerdotes y fieles, mi más sincero y sentido pésame, acrecido por el hecho de que ni el obispo auxiliar ni yo podíamos estar presentes en los funerales.

Para mañana, jueves, a las once de la mañana, nos tiene convocados el Papa en Roma y no nos es posible eludir este compromiso. Pero no quiero que falten a Mondragón ni mi condolencia sincera, ni la seguridad de nuestras oraciones.

Don José María, como todo ser humano — todos somos ciertamente imperfectos — necesitará del perdón y de la misericordia divinas. A ello va dirigido este Sacrificio, estas plegarias, estas oraciones y estas lágrimas.

Don José María, aunque nacido en Marquina, fue de corazón un verdadero mon-

dragonés. Aquí ha transcurrido toda su vida sacerdotal; aquí ha ejercido el ministerio del bien de mil maneras; aquí ha santificado las almas mediante la administración de los Sacramentos; y aquí ha empleado todo su esfuerzo y su talento para hacer más humanas y cristianas las estructuras laborales y sociales de la población.

Don José María os deja el testamento del buen ejemplo, de su gran inteligencia, de la bondad de corazón y de la preocupación viva por el bien del prójimo.

Don José María ha muerto. Pero deja detrás de sí, vivo, en ejemplo de una vida, de unas realizaciones laborales y sociales que han hecho de Mondragón una población más próspera y más culta. Vosotros tenéis el deber de recoger cuidadosamente ese testamento, conservarlo, promocionarlo y perfeccionarlo. Porque la gran obra de don José María es siempre perfectible. Y a los sacerdotes, a los trabajadores y a los responsables, les corresponde desarrollar todo el proyecto.

A los sacerdotes y a los seglares cristianos nos enseñó don José María que su esperanza cristiana en el Evangelio, que su quehacer sacerdotal bien llevado, no es aliciente de las tareas eternas. El ha trabajado por hacer de este pequeño mundo una tierra nueva, un Mondragón mejor. Don José María sacerdote, en la esperanza del más allá, propio de todo buen cristiano y sacerdote, encontró estímulos para trabajar y para mejorar las tareas temporales.

Esta es la gran lección que él nos da. Como don José María, esforcémonos en agradar al Señor el servir al prójimo. Porque todos tendremos que comparecer ante Jesucristo para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho en esta vida. Nos lo dice así el Apóstol y nos lo enseñó con su vida nuestro don José María.

Os saluda y bendice, Jacinto, obispo.»

Traslado de sus restos morales al cementerio

Terminado el solemne funeral, el coro parroquial cantó un responso en tanto que el féretro era trasladado al exterior de la iglesia.

En medio de la emoción general, se formó una imponente manifestación de duelo que junto con los familiares de don José María estuvo presidida por el ministro de Trabajo, gobernador civil de la provincia y restantes autoridades y personalidades.

A lo largo de las calles por las que pasó la comitiva fúnebre se fueron apiñando miles y miles de personas.

Eran gentes de todas las clases sociales que querían dar el último adiós a este sacerdote — Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo —, cuya última frase de su vida, dedicada al ministro de Trabajo cuando le visitara en su lecho de muerte, nos ha de servir de lección:

«Mirar para atrás sería una ofensa a Dios; siempre hay que mirar adelante».